

Carta de amor a una nación

Magdalena. Historias de Colombia

WADE DAVIS

Crítica, Bogotá, 2020, 480 pp.

VIDA. MÚSICA. Historia. Esperanza. Violencia. Diplomáticos ingleses. Aventureros andaluces. Hoja de hayo. Mamos arhuacos. Eminentes botánicos gringos. Figuras del *mainstream*. Resistencias. Pescadores que conviven con el río. Paz. Carta de amor a una nación.

En su segundo libro sobre la riqueza ecosistémica de nuestro territorio, Wade Davis (Vancouver, 1953), explorador y Leadership Chair en culturas y ecosistemas en riesgo, de la Universidad de Columbia Británica, se plantea una teoría: el río Magdalena es la principal razón por la que Colombia existe como nación.

Los argumentos son una historia con demasiadas capas, conexiones, imágenes y remembranzas. Él aclara en una conversación con la revista *Bienestar*: “Esto se lo escuché a muchas personas a lo largo de la cuenca del río (del pescador al poeta, de los soldados a los gobernadores), todos dicen que curar la patria es curar el río” (“La aventura de ser Wade Davis”, agosto de 2022). Sabe de qué habla. Cuando escribe sobre el Magdalena teje compilaciones, relaciona zonas dispersas y traza territorios más allá del hilo de agua que muchos colombianos son capaces de ubicar en un mapa, pero que les cuesta entender de manera articulada.

Los ríos tienen una asombrosa capacidad de recuperación. El Hudson en las afueras de Nueva York o el Támesis en Londres eran ríos moribundos, pero han sido rescatados de la muerte. Limpiar el río es limpiar el alma de la nación. (p. 145)

La anterior es una reflexión de tantas que recorren su libro *Magdalena. Historias de Colombia*, cuya portada está ilustrada con una instantánea del Macizo Colombiano cargado de nubes, donde nace el río Grande de la Magdalena.

Hace un par de años se publicó un libro/catálogo inspirado en la obra del artista barranqueño Sair García (que

trabaja el aluminio como soporte de su obra). Es homónimo del trabajo de Davis: *Magdalena*. Uno de los cuatro textos que acompañan las imágenes de la obra de García está firmado por el sociólogo y profesor Henry Aljure, amigo personal del artista y quien se cuenta entre las personas que mejor conocen la cuenca del Magdalena y sus habitantes. Él nos recuerda que “todavía existen allí los magdalénicos, esos seres anfibios en un mundo que se mueve como el río mismo. Imágenes de la belleza cotidiana, creadora de vida” (p. 40). También está el libro de Ignacio Piedrahíta, *Grávido río* (2020), escrito en clave de bitácora científica y diario íntimo, donde el río se abre paso a través de imágenes cotidianas y reflexiones profundas. Se trata de dos malecones desde los cuales se puede asomar la cabeza y tener un punto de partida sólido para hablar del río que los muiscas denominaron Yuma (“río del país amigo”). En este libro, Davis va un paso más allá: teje ideas desde una pluralidad de voces y personajes para contarnos que la cuenca del Magdalena incluye un centenar de afluentes y tributarios, decenas de municipios ribereños, y cerca de veinte millones de colombianos que, de uno u otro modo, se relacionan con el río cada vez que se duchan o se toman un vaso de agua del grifo (si es potable, claro está) en una tarde de domingo. Nosotros –todos– somos el río Magdalena.

Contar su travesía de varios años (cinco inmersiones en distintas temporadas) por el surco de vida que permitió a los colombianos establecerse en uno de los territorios más complejos del planeta, al mismo tiempo corredor de comercio y fuente de cultura, es una misión colosal que Wade Davis resuelve con una estrategia sencilla: seguir los pasos del río desde su nacimiento en el nudo de Almaguer, al sur del Huila, hasta su desembocadura en Bocas de Ceniza, donde penetra con toda su fuerza en el mar Caribe azul. Entre ambos extremos están los compañeros de un viaje patrocinado por el Grupo Argos: biólogos empíricos, periodistas cansados de las salas de redacción que decidieron lanzarse a la aventura, maestros de música, cantoras, manatíes y sus defensores, adoptantes de muertos anónimos, botánicos eminentes, cantantes de

provincia, los motores del cambio: los hijos del río Magdalena.

Con el renovado interés en este río, por parte de artistas, científicos y escritores, Wade Davis decidió hacer su aporte. Uno revestido de crónica, vivencias y ensayo etnobotánico. Cada libro genera su método y su proceso. Wade Davis parte de una confesión íntima: todo se trata de una carta de amor a una nación que parece haber nacido –como se dice coloquialmente– “con el Cristo de espaldas”. De hecho, su espléndido libro *El río* (Planeta, 2002) es un homenaje a dos personajes claves en su vida: el maestro Richard Evans Schultes –quien vivió quince años en la selva amazónica– y Tim Plowman, su compañero de viaje y mentor, a quien el canadiense rotula como uno de los mejores exploradores de su generación y, ojo con este dato, quizás el botánico que más ha caminado nuestra geografía.

De este modo, el lector siente que Wade Davis no vive sus libros como un sacrificio sino como una aventura. La pasa bien, y esto se refleja en los formatos y narrativas que utiliza en la construcción y carpintería del libro; por ejemplo, la relación del río con la música, las artes vivas, el juego y las ciencias. Pero no desconoce los límites que la cuenca sobrepasó sin posibilidad de retorno. Podemos señalar tres: la pérdida de biodiversidad, el cambio de usos del suelo y la contaminación con mercurio que alteró los ciclos del sistema acuífero colombiano. Demasiados poderes e intereses que amenazan con chuparse la riqueza natural descrita con tanto esmero por el canadiense.

Davis forma parte de una red de investigadores, diplomáticos y aventureros extranjeros que decidieron recorrer los caminos del corazón acuífero colombiano. Obra de ellos son por ejemplo las descripciones minuciosas y fantásticas de los habitantes de las riberas, que hizo el médico y botánico francés Charles Saffray, incluidas en su bestseller *Le tour du monde*; los relatos del paisaje tropical del inglés Isaac Holton, amedrentado por el calor infernal, las nubes de mosquitos y las fiebres que padeció durante los tres meses del viaje desde Bocas de Ceniza hasta Honda, hace un poco menos de dos siglos, o la mirada atenta e inteligente del diplomático argentino Miguel Cané.

RESEÑAS		HISTORIA
<p>La historia del río Magdalena es mucho más que eso. Más que historia, me refiero. Son libretos del pasado que se escriben sin perder un ápice de actualidad, con sus correspondientes y absolutamente inevitables relatos personales. En la mencionada conversación con la revista <i>Bienestar</i>, el canadiense cuenta que creció siendo un cristiano devoto, de rezar todas las noches y caminar hasta la iglesia con toda la solemnidad imaginable. Dios estuvo presente en su vida durante mucho tiempo, pero un día no volvió. Aquel sentimiento que lo acompañó en sus primeros años mutó de la religión a la naturaleza. No fue un descubrimiento sino un reconocimiento. Incluso, Davis ha escrito documentales sobre el budismo (<i>The Buddhist Science of the Mind</i>, con National Geographic), y la metáfora del vaciamiento –tan importante para el alma y la literatura– puede palparse en cada párrafo. Se interroga a sí mismo a medida que profundiza su relación con la cuenca del río. Podemos decir, además, que las casi 500 páginas de este libro, traducido con buen tino por el equipo de Planeta Colombia –Felipe Botero Quintana y Patricia Torres Londoño–, son una elipsis que Wade Davis hace de sí: un diálogo intenso y mutable entre el científico atento y perspicaz, que administra su propio deseo, y el chico barroco asombrado por la cantidad de vida que el río contiene en sus 1.580 kilómetros de extensión.</p> <p>El libro está dividido en tres partes que uno puede identificar por su cartografía personal: Alto Magdalena (“Fuente del mundo”, “San Agustín”, “Valle de las Tristezas”, “Girardot y Honda”, “El milagro de Murillo”), Medio Magdalena (“La tierra del olvido”, “La ciudad de la eterna primavera”, “Caldera de guerra”, “Hermanas de la Caridad”, “Los muertos anónimos”, “Morita de los manatíes”) y Bajo Magdalena (“El río de la cumbia”, “La tierra de los mil ritmos”, “La gran república de la naturaleza”, “El general en su laberinto”, “La geografía de la esperanza”).</p> <p>Y en esta cartografía están los pasajes llenos de historias, evocaciones y exploraciones a través de los sentidos.</p> <p>A comienzos de 1974, volví a Colombia con un pasaje solo de ida</p>	<p>y poca idea de cuánto me quedaría, más allá de la promesa de no volver a Estados Unidos hasta que Richard Nixon dejara de ser presidente. Llevaba un pequeño morral de ropa y dos libros: <i>La taxonomía de las plantas vasculares</i>, de George Lawrence, y <i>Hojas de hierba</i>, de Walt Whitman. (p. 17)</p> <p>[...]</p> <p>La mañana estaba radiante cuando salimos de El Cedro. El sol brillaba y el aire olía a tierra y a piedras lavadas por la lluvia, a manzanito, eucalipto y pino mezclado con aroma del pasto, los helechos y todas las hierbas y matas típicas de los senderos de las montañas colombianas: buddleias y alisos, mortiño y zarzamoras, setos de eucalipto y lantanas. Como la noche anterior habíamos cruzado el Magdalena para llegar a la finca, ahora teníamos el río a nuestra derecha; la ruta nos mantendría al borde de la cordillera Central [...]. Estábamos a dos mil doscientos metros de altura. (p. 82)</p> <p>[...]</p> <p>Teniendo El Banco [departamento del Magdalena] como base, iniciamos una rutina maravillosa: cada mañana emprendíamos una nueva aventura musical, para regresar caída la noche, bajo una luna menguante que suavizaba las sombras en el malecón. Desde las graderías que daban al río, solo era hacer girar un compás y en cualquier sitio aparecía otra comunidad consagrada a la tambora; otra agrupación, otro legado de creatividad que ha alimentado las ambiciones e inspirado los sueños de músicos jóvenes en los diferentes pueblos y asentamientos a lo largo de la depresión Momposina. (p. 356)</p> <p><i>Magdalena</i>: se disfruta con solo mencionarlo como si fuese un sortilegio.</p> <p>De algún modo, el canadiense programó sus exploraciones por el río para <i>prescindir</i>. Lo despejó de adjetivos barrocos y apesadumbrados (cómo nos cuesta a los colombianos narrarnos desde la dicha y la gratitud) hasta dejarlo en un mero sustantivo. Uno con nuevos retos, conflictos, intereses y protagonistas que, a pesar de todo, renuevan la</p>	<p>importancia del río en la vida nacional. Ese es, al final, el río que construye Wade Davis en su libro: una mirada desafiante, estéticamente innovadora y con un horizonte esperanzador.</p> <p style="text-align: right;">Fernando Salamanca</p>